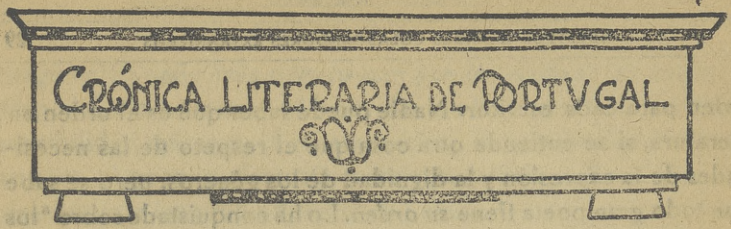

EÇA DE QUEIROZ Y ALGUNAS ANÉCDOTAS INÉDITAS DE SU VIDA

La literatura portuguesa, tan interesante y tan unida a la nuestra, es menos estudiada de lo que se merece en España, a pesar de haber tenido con la literatura española un tronco común.

En los primeros tiempos, ambas literaturas se confunden de tal modo que es difícil juzgarlas separadas. La admirable gesta del poema de Alfonso XI es, según opiniones autorizadas, de un portugués llamado Yanez, y en nuestra lengua escriben desde el condestable don Pedro de Portugal, imitador de Juan de Mena, hasta Gil Vicente, el creador del teatro portugués, al que se debe la primera representación que se verificó en Portugal fuera de la Iglesia. Ningún ejemplo más claro que éste de la recíproca influencia en las dos literaturas hermanas. Gil Vicente escribió 11 piezas en castellano, de las 43 que ha dejado, y las otras en un idioma mixto, castellano-portugués, comparable al sayagués de Juan del Enzina. Tomó Gil Vicente toda nuestra literatura para espigar en ella: imitó *La Celestina* en su *Comedia de Bahena*, pero, en cambio, en sus autos titulados *Barcas del Purgatorio, del Infierno y de la Gloria*, se inspiró el gran ingenio de Lope de Vega para su *Viaje del alma*, y en otras obras suyas Calderón, para su auto *El lirio y la azucena*.

Las mismas influencias que nuestra literatura ha sufrido la portuguesa. En la época de los Cancioneros pueden considerarse hermanos de los nuestros los tres *Cancioniere Portoghese*

della Biblioteca Vaticana, el *Colacci Bancuiti* y el de *Ajuda;* con sus poetas y trovadores, empezando por el rey Don Diniz.

La literatura portuguesa ha sufrido con la nuestra la influencia italiana, que tuvo su representante en Francisco Sá de Miranda, y la novela pastoril—dice un ilustre crítico—, que entró en España por Portugal, pues el portugués Jorge de Monte môr, al que hemos llamado de Montemayor, hizo su *Diana* imitando la novela que comienza con las palabras *Menina e Maça*, de Bernardim Riveiro.

En los *siglos de oro*, denominación que merecen el XVI y el XVII, la grandeza del arte se extendió por todas las naciones. Es cuando nosotros tenemos a Cervantes y Portugal a Camöes. Del mismo modo ambas naciones sufren la decadencia del siglo XVIII, y sólo aparece un renacimiento con el Romanticismo, que tuvo gran importancia porque trajo consigo la aspiración del individualismo en el arte y la protesta contra la tutela despótica de la escuela clásica. Este movimiento, que tuvo por jefe a Víctor Hugo en Francia y heraldos como Heine en Alemania, Walter Scott y lord Byron (que inyectó su espíritu a toda Europa) en Inglaterra, Leopardi en Italia, Pouchkine en Rusia, Espronceda en España y en Portugal la hermosa trinidad de Alejandro Herculano, Almeida Garrett y Antonio Feliciano de Castilho.

Eça de Queiroz aparece en la siguiente generación, en el período de luchas entre la escuela romántica, ya degenerada y débil, en manos de Castilho, al que habían erigido en un pontífice máximo, y que ejercía despóticamente su jefatura, condenando o dando beligerancia de un modo arbitrario; ya viejo, casi ciego, convertido en vizconde, colmado de honores académicos y rodeado de una corte de aduladores.

Se debe a Anthero de Quental, a Theofilo Braga y algunos otros escritores de mérito la resuelta actitud que acabó con la dictadura literaria e hizo nacer, dentro de la mayor libertad, la escuela realista, de la que había de ser principal ornato Eça de Queiroz.

Invitada este año por el Gobierno de Portugal para dar un curso de conferencias sobre nuestra literatura, creo haber

aprendido más que he podido enseñar oyendo a los grandes maestros Bernardino Machado, Magalhaes Lima, Leite de Vasconcellos y sobre todo al sabio catedrático y ex presidente de la República Theofilo Braga, que lleva cuarenta años explicando literatura, sin haber faltado a clase más que dos días: los de la muerte de su esposa y de su hijo, y que posee una memoria, desesperación de sus enemigos. He pasado muchas horas en la pequeña casita que Theofilo Braga no quiso abandonar cuando fué presidente de la República y cuya nota predominante es el estar llena de libros y papeles por todas partes: en las mesas, en las sillas, en los sofás, en la escalera y en el suelo. Allí, en la paz de su gabinete de trabajo, he escuchado al anciano de cabeza venerable y expresión bondadosa e inteligente, que con su amena charla a media voz, con su extraordinaria facilidad de expresión y poniendo calor y elocuencia en sus palabras, narra anécdotas de todos los grandes hombres de Portugal, y he ido apoderándome de ellas, ansiosamente, sobre todo de las que se referían a Eça de Queiroz, que es de los escritores que conservan la admiración, en la época de la vida en que empezamos a dejar de admirar.

Después he conocido a dos hijos del gran escritor, don Antonio y don José, dignos del nombre de su ilustre padre, y he profundizado, quizás demasiado cruelmente, en sus recuerdos de ternura filial, a fin de tener una evocación más completa y *más viva* de la figura del gran novelista.

Verdaderamente Eça de Queiroz no se hizo notar por su precocidad; nada hay en su infancia—que pasó jugando en la calle con los muchachos del pueblo de Villa do Cande, cercano al de Povoa de Barzin, lugar de su nacimiento—, ni en su adolescencia, en Porto, al lado de sus padres, que nos haga sospechar al futuro gran escritor.

Hasta en Coimbra mismo no tiene relieve ninguno la figura de Eça de Queiroz, en los momentos en que brillaban el *Príncipe de la mocedad,* Anthero de Quental, que ya había publicado sus bellos libros, *Sonetos* y *Beatriz;* y Theofilo Braga, que daba las primeras muestras de su talento con su poema *Visión de los tiempos.* Allí estaban Manuel de Arriaga, que había de

ser el primer presidente de la República; Antonio de Azevedo, Lobo de Moura, Viera de Castro y otros muchos que fueron célebres después. Eça de Queiroz pasaba al lado de ellos sin tomar parte en las acaloradas y ruidosas discusiones sobre religión, filosofía, historia, literatura y estética. El veía desde lejos al incomparable Anthero, el genio de la revolución y de la moral nueva, predicando de noche en la escalinata de la *Sé Nova*, pero no tomó parte en el movimiento revolucionario, llamado *Cuestión de Coimbra*, del cual él había de coger el fruto. Sin embargo, en sus cartas habla como actor de las tres famosas revoluciones, llevadas a cabo por la influencia de Anthero de Quental, al que Eça llama con frase gráfica "Un genio que era un santo".

Anthero, como Byron, hubiera sido capaz de ir a combatir y a morir en un país oprimido; jefe de una juventud que enviaba un cartel de desafío al zar, indignada por la esclavitud de Polonia—tristes tiempos de indiferencia los nuestros—, despertaba el entusiasmo con la hermosa oda revolucionaria que comienza:

Aquia-da França! que te veo agora
como ave da noite triste escura!
Ha pouco ainda a olhar o sol-n'esta hora
meia offuscada ao resplandor da altura!

Y dirigía al príncipe Humberto de Italia estas palabras en la salutación oficial cuando visitó Coimbra:

«No es al representante de la casa de Saboya al que venimos a rendir homenaje; es al hijo del primer soldado de la independencia italiana.»

El se distinguió en la sociedad secreta *El Rayo*, luchando contra la tiranía del Rector de la Universidad, en la famosa *Rolinada* y en la memorable polémica literaria tan fecunda para las letras portuguesas. Conociendo el espíritu de Anthero, se comprende la repugnancia que sentía hacia el pontífice del romanticismo, pero no partió de Anthero el ataque. Una imprudente carta de Antonio Feliciano de Castilho inserta en el libro *Poema de Mocidade*, de Pinheiro Chagas, trataba incon-

sideradamente a Theofilo Braga, a Anthero de Quental y a Viera de Castro. Este último no se dió por enterado, pero los dos primeros recogieron el guante y Anthero respondió agriamente al *patriarca de las letras portuguesas* con el folleto *Buen sentido y Buen gusto* y Theofilo con *Las Teocracias literarias*. Se formaron dos bandos formidables: en el de los románticos se alistaron Pinheiro Chagas, Texeira de Vasconcellos, Manoel Roussado, Eduardo Vidal, Ossorio de Vasconcellos, Brito Arana, Carlos Barges y otros muchos campeones de Castilho, entre los que estaba Camilo Castelho Branco, que publicó su libro *Vanidades irritadas e irritantes*. Ramalho Ortigao, que era redactor del *Jornal do Porto* y no pertenecía a ninguno de los dos bandos, arremetió contra unos y otros y más ásperamente contra Anthero, considerándolo cobarde por haber insultado a Castilho, viejo y ciego; por más que éste no estaba solo, y su hijo tomó bravamente su defensa, con la pluma y con las manos, pues al mismo tiempo que escribía un folleto contra Anthero, se daba de palos con Theofilo, teniendo que ir los dos presos.

Anthero y Ramalho se batieron en duelo, hiriendo el primero al segundo en un brazo. Después de este período de efervescencia aún se cruzó una verdadera granizada de opúsculos y folletos; pero el resultado fué favorable para los innovadores.

Eça de Queiroz ha hecho después la síntesis de este movimiento, diciendo: «Para Theofilo Braga esta lucha de Coimbra fué esencialmente una afirmación del Espíritu Crítico; para los otros panfletistas, todos literatos o aliteratados, una afirmación de Retórica; para Anthero, completamente ajeno de literatismo, una defensa de la Conciencia y de la Libertad. Por eso fué su ataque el que nos impresionó sobre todo, no por el brillo superior de su ironía, sino por su tendencia moral y la cantidad de revolución que contenía aquella altiva burla al déspota del purismo y del lexicón».

Pero durante este tiempo Eça continuó apartado de toda cuestión, entregado a leer las obras maestras de la literatura mundial, en especial las francesas, con tanto cariño, que él dice que conocía a todos los autores «hasta en sus *tic*». Su ocupa-

ción favorita era desempeñar los papeles de *pae noble* como actor aficionado en el teatro dramático.

Theofilo Braga guarda el recuerdo de que en el estreno de su drama *Resignación*, Eça desempeñó el primer papel, y aunque estuvo admirable, la obra no fué del agrado del público.

Eça de Queiroz se divertía, acudiendo con sus amigos a la taberna de las *tías Camellas*. Tres viejecitas que se llamaban María, las tres, y cuya casa tenía fama por el pescado frito, que se amontonaba en grandes barreños. Allí acudía toda la juventud y los extranjeros que buscaban cosas típicas. Por *tres veintenes* (treinta céntimos, a la par) se hartaban de sardinas, aceitunas, vino tinto y pan de maíz.

En este tiempo Eça estuvo enamorado románticamente de una titiritera, a la que menciona en sus libros con el nombre de *la divina Gabriela*. Se cuenta de él que era aprensivo y supersticioso. No entraba jamás en una casa ni subía escaleras sin echar primero el pie derecho, llevando la superstición a tal punto, que si después de subir veinte o treinta escalones tenía duda, los bajaba rápidamente y los volvía a subir. Tenía miedo de los aullidos de los perros, no iba de paseo si hallaba un tuerto, y cuentan que por haber oído un crujido en una cómoda de madera y decir su compañero «serán brujas», ¡no volvió a abrir los cajones y regaló el mueble.

En toda su vida se observa esa infantilidad, que se revela en estas varias anécdotas:

Una vez, leyendo una obra suya en casa del conde Arnoso, con su voz dulce y acariciante, entusiasmó tanto a un coleccionista de antigüedades, que exclamó:

—Señor Eça de Queiroz, es tan bello eso que está leyendo, que yo, que no he dado jamás nada de mis antigüedades, le voy a regalar dos sillones de don Juan II.

Eça preguntaba impaciente a sus amigos en todas sus cartas: «¿Vienen esas butacas? ¿Son dos realidades con patas y asiento, o son sólo humo?»

Un día, estando todos reunidos en casa del conde, notó éste que faltaba Eça y fué a buscarlo, encontrándolo al lado de la cuna de su hijo, de pocos meses, que es el actual autor dramático.

—¿Qué haces ahí?—preguntó el conde.

—Cállate. Estoy mirando a tu hijo, encantado de haber encontrado una criatura más flaca que yo.

De Coimbra fué Eça de Queiroz a Lisboa, donde empezó a escribir en los periódicos los artículos coleccionados en *Prosas Bárbaras* y al poco tiempo dirigió en Evora, la ciudad románica del Alentejo, un periódico, que dejó al poco tiempo. Allí, el gran escritor se divertía tocando la guitarra, a la que era muy aficionado, y decía que era «una gran cosa desahogar el alma de las cosas confusas que la embarazan por medio de la guitarra».

Vuelto a Lisboa, abrió bufete de abogado, pero no tuvo clientes; y se cuenta que habiendo caído en sus manos una causa de un marinero que había matado a su mujer, preparó una brillante defensa, considerando el hecho como crimen pasional, pero el asesino se empeñó en negar y el abogado no pudo lucir su ingenio.

—Bruto, ha estropeado mi defensa—exclamó Eça herido en su esperanza, y no volvió a vestir la toga.

En esta época Eça de Queiroz forma parte del célebre *Cenáculo*, con su futuro cuñado el conde de Rezende, y aunque no toma parte en las calaveradas que alarmaron a los buenos vecinos de Lisboa resucitando la caza de mujeres por la calle, como en los tiempos de Alfonso VI, y que dieron lugar a la terrible tragedia que ocasionó la muerte de la esposa de Viera de Castro, asesinada por su esposo, al descubrir sus relaciones con Almeida Garrett, estaba demasiado cerca de todo eso, y para alejarse emprendió su viaje a Oriente con su amigo Rezende.

En este viaje los dos amigos recorrieron España y embarcaron en Cádiz para Malta—¡oh, preciosa descripción de *La*

Reliquia!—y para Egipto, donde visitaron El Cairo, las pirámides, el viejo país de los faraones, recibiendo como un nuevo bautismo de arte en las sagradas aguas del Nilo.

En la biografía de todo escritor genial se halla siempre la influencia de uno de estos grandes viajes, que inyectan su savia en el espíritu. Los genios del Norte han viajado todos hacia el Mediodía. Ha sido nuestro sol el que ha hecho germinar la semilla, con ese contraste brusco para ellos. Nosotros, los meridionales, no podemos tener ese choque violento más que en los países de Oriente, con el deslumbramiento de esos lugares pintorescos y la sugestión de las grandes leyendas de la humanidad que tienen allí su solar.

Fué esto lo que Eça encontró allí, lo que despertó su genio, lo que lo formó. Al salir de Portugal era un escritor mediocre, fuerza es confesarlo; al volver ya se anuncia como uno de los grandes escritores, y andando el tiempo, germinando la semilla en nuevos viajes y nuevos estudios, uno de los geniales escritores de Europa.

A su vuelta aún encuentra el *Cenáculo* y se entretiene en bromas pueriles con un pobre criado, al que llamaban *Vía Láctea*, y le recomendaban que explorase en el cielo el paso de una idea. Por fortuna, la llegada de Anthero de Quental, convertido en furibundo socialista, lo influye, le hace trabajar y pensar; nace su amistad con Ramalho Ortigao, y cansado de la aburrida vida de Leiria, donde estaba empleado, hace oposiciones al Cuerpo consular, y al fin es destinado a la Habana.

Las anécdotas de Eça de Queiroz en este tiempo son escasas. En Leiria fué sorprendido, vestido de tirolés, en un baile de Carnaval por un marido celoso, y tuvo que escapar, no sin recibir algunos golpes que le hicieron guardar cama. Él comentaba: "Soy un Cupido al que le han cortado las alas."

Su estancia en Leiria no fué infecunda; allí estudió y compuso su obra *El crimen del Padre Amaro*, que escribió más tarde, y su parte de *El misterio de la carretera de Cintra*.

En cambio, durante su estancia en América no pudo escribir nada: tanto le disgustaba aquel país, que sentaba mal a su quebrantada salud.

Desde allí fué trasladado a Newcastle, la ciudad sombría, a la que yo llegué un día sin saber cómo, envuelta en los acontecimientos a que el comienzo de la guerra dió lugar. Allí evoqué al gran escritor entregado al estudio de la lengua y la literatura inglesa, y escribiendo *El primo Basilio.*

Por esta época Eça de Queiroz se casa con la noble señora doña Emilia de Castro Pamplona, hija de los condes de Rezende, y va con su esposa a Bristol, más cerca de Londres, donde nació su primer hijo. Allí, en la casita de Chifton, rodeada de flores, que recuerda la casa de Carlyle en Chelsea, escribió Eça de Queiroz *El crimen del Padre Amaro* y *A capital,* que refundió más tarde con *Os Maias* y una gran parte de *La Reliquia,* la cual acabó después en Portugal. Sus *Cartas de Inglaterra,* que enviaba a la Prensa del Brasil, dicen lo poco que este país le gustaba.

Al fin logra su traslado a París, sueño de toda su vida, y allí completa su obra. Se ve que su cerebro está completamente formado, que ha redoblado su actividad. En los pocos años que estuvo en París escribió sus *Cuentos* y los artículos reunidos en *Notas contemporáneas, Ecos de París, Últimas páginas, Cartas familiares* y *Billetes de París;* escribió la joya de la *Correspondencia de Fradique Mendes* (nombre que había él usado como pseudónimo al escribir en verso) y la maravillosa novela *La ilustre casa de Ramirez.* En este período dirigió también desde París la *Revista de Portugal,* cuyo proyecto había acariciado largo tiempo, según se ve en sus cartas al gran historiador Oliveira Martins. En la *Revista* publicó Eça una sección de *Poetas españoles,* en la cual escribió, entre otros, Núñez de Arce. Se ve en esta ocasión el amor de Eça de Queiroz a Portugal y su consecuencia con sus amigos. Conforme avanzaba en la vida era más portugués, gustaba más de su patria. Su última obra, *Las ciudades y las sierras,* que él no pudo ya corregir, es un canto a Portugal, cuyas bellezas narra de un modo insuperable.

Es una mala fe acusar a Eça de poco portugués. ¿Qué quiere decir escritor nacional? ¿Que no puede salir del recinto de la nación? ¿Que no puede censurar sus vicios y costumbres,

como lo han hecho Cervantes y Voltaire? ¿Que ha de adular, que ha de poner trabas a su imaginación, que ha de someterse a ir por el camino trillado? Algo de eso debe ser, porque Alemania dice que Heine no es muy alemán; Italia manifiesta que Leopardi no es muy italiano; Noruega tacha a Holberg de poco noruego, y Portugal moteja a Eça de Queiroz de poco portugués.

Algunos se acogen a los fueros de la lengua. ¿Pero es que la lengua no progresa, no se enriquece, no varía? Precisamente a los grandes genios les corresponde el renovar el idioma. Eça hizo del portugués un lenguaje tan rico y tan flexible como el francés, lo renovó, y se puede considerar como un gran hablista de su tiempo, más maravilloso por las dificultades que tuvo que vencer. Se suele oponer a la figura gigantesca de Eça la gran figura de Camilo Casthelo Branco. Es comparar a Cervantes con Argensola. Camilo, que fué rival de Eça, cuyos libros anotaba al margen de la manera, poco considerada para un artista, que se ve al margen de *La Reliquia:* "Este libro tiene dos partes: 1.ª, porquería; 2.ª, pesadez. Es una *pochade* a lo Paul de Kock." No llega a la talla de Eça de Queiroz. Las nuevas generaciones que pronto estudiaremos, con una mayor idea de la estética y del arte, le hacen justicia. Por lo pronto Eça ha vencido pasando triunfante las fronteras, sin envejecerse ni anticuarse como Camilo.

Camilo, que fué sólo portugués, en el sentido restringido de la palabra, tiene la admiración de Portugal. Eça de Queiroz, el portugués universal, conquista la admiración del mundo. Cada vez es más buscado, más leído, más apreciado.

No se puede negar a Eça de Queiroz la gloria de ser el reformador, el innovador de la lengua y de la literatura de su país. Imbuído en la filosofía positiva y experimental, que lo lleva a la escuela realista, conocedor de todas las literaturas, incansable investigador de las fórmulas de arte, supo elegir entre todos esos elementos para formar su personalidad poderosa y original, muy universal y al mismo tiempo muy portuguesa. Se puede decir que la escuela realista pura, científica, de análisis, no apareció en Portugal sino con Eça de Queiroz

en *El crimen del Padre Amaro*, a pesar de las tentativas que se le quieren oponer, de Julio Diniz y de otros escritores. Es él quien trae nuevos procesos, el que estudia la vida real, aprovechando todo lo que los otros no han sabido ver; el que funde la realidad con la fantasía y despliega sobre ellas primores desacostumbrados de gracia y de estilo; un poco influído por los grandes escritores franceses y por Henri Heine, del que tiene la ironía amable, ligera en la forma y profunda en el fondo, sin pesimismo exagerado. Es su misma elegancia para tender la frase, galana y señorial, y el mismo buen gusto y distinción en todo momento.

Se puede decir que Eça de Queiroz era un romántico que escribía con un realismo encantador y escogido, un sensitivo que se apoderaba de las emociones más tenues, tan buen psicólogo como hábil observador.

Hay algunas anécdotas relativas a sus obras que creo interesante recoger:

Ya se sabe que *El misterio de la carretera de Cintra*, escrita medio en serio medio en broma, satirizando el gusto por esta clase de obras, que Eça no tomó nunca en serio como obra de arte, sino como un entretenimiento (una *brincadeira*) suyo y de su amigo Ramalho Ortigao. Los dos han contado cómo idearon esta obra en la sobremesa de un café y cómo la realizaron sin ponerse de acuerdo, escribiendo Ramalho desde Lisboa y Eça desde Leiria. El genio de los dos escritores llegó a hacer una novela estimable y amena.

Lo más curioso fué que el comienzo de la novela apareció en el *Diario de Noticias* en forma de suceso que realmente hubiese tenido lugar y despertó el interés del público.

Los folletines aparecían como informaciones, y mucha gente creía que se trataba de un hecho real. Se dió el caso curioso de aparecer algunas personas creyendo poseer datos para descubrir el crimen, y hasta se asegura que el gobernador ofició a Cintra para conocer la verdad. Todo el público estaba intrigado y la novela fué de los éxitos literarios más ruidosos. Al fin la novela acaba con la carta en que los dos autores declaran la verdad, y resulta de una gran originalidad.

No faltó quien atribuyera torcidas intenciones a los dos amigos, diciendo que habían escrito esta novela plagiando una noticia del periódico *Progreso y Orden*, con el fin de distraer la atención del pueblo portugués de la dictadura de Saldanha.

Lectores y admiradores de esos dos novelistas, como la ilustre poetisa señora Vaz de Carbalho, han tratado de averiguar qué parte de la obra pertenece a cada uno, y suelen distinguir, como debido a la pluma de Eça, la exposición del doctor, las dos cartas de E., la narración del enmascarado alto y la confesión de la protagonista. Esto parecen comprobarlo las palabras de Ramalho cuando dice que Eça había dejado al personaje con algunos clavos y un martillo en el bolsillo de su abrigo, y narra graciosamente su apuro para salir del paso, y sus intenciones de gritar: "En fin, señoras y señores, que este *gentleman* tan lleno de espíritu, de *toilette* y de drama, era... un carpintero."

Ya he dicho cómo *El crimen del Padre Amaro* está inspirado en los tipos de la provincia de Leiria y son todos retratos tan admirables como los de Nuno Gonçalves, su gran pintor primitivo. Es lo que puede llamarse una novela *con clave*, y hasta la santa de Arriffona la milagrera, que parece un aborto de su imaginación, existió en el Norte de Portugal.

Esta novela fué siempre la preferida de su autor, que en una de sus cartas dice: "*El primo Basilio*, ese *Fait-Lisbonne*, ha sido traducido al inglés, al alemán, al sueco y al holandés en los últimos seis meses; ¡qué atroz injusticia para el pobre Padre Amaro!"

Hay que notar que Eça escribió esta obra y la publicó en la *Revista Occidental*, que dirigían Anthero y Batalha Reis, el mismo año y meses antes de que Zola publicase *La caída del Abate Mauret*. Es injusto que se le trate de plagiario—los que tanto persiguen su gloria con infundadas acusaciones—por las pequeñas coincidencias cuya fuente se puede hallar en la común admiración de Eça y Zola hacia Heine, Gerardo de Nerval, Michelet, Flaubert y Baudelaire.

La Reliquia apareció en la *Gaceta de Noticias*, de Río Janeiro, y a todos sus personajes, tomados de la realidad, encon-

traron su verdadero nombre los lectores. La trama misma asegura Antonio de Cabral que está tomada de un hecho acaecido a su amigo Fernando de Magalhaes Menezes, al que un tío suyo, rico y devoto, le dejó como recuerdo en su testamento los anteojos. Esto le sugirió la figura gallarda e hipócrita de *Raposo*. Con esta obra admirable concurrió Eça de Queiroz al premio anual establecido por el rey Don Luis y que adjudicaba un jurado compuesto de miembros de la *Academia Real de Sciencias*, el cual no supo ver la belleza genial de la obra y la pospuso al mediocre drama en verso *El Duque de Vizeu*, de Henrique López de Mendoza.

El Epistolario de Fradique Mendez tiene la particularidad de que en el tipo del protagonista que el autor encarna, hay rasgos de la *Ramalhesca figura* de Ortigao y del conde de Rezende, Anthero de Quental y Oliveira Martínez, formando de ese modo aquel hombre superior.

La ilustre casa de Ramírez la publicó en la *Revista Moderna*, de París. Está inspirada en el paisaje de la aldea de Ramírez, en el departamento de Sinfaes, cerca del Duero. Allí está la alta torre que ha retratado el novelista en esa hermosa novela de la vida provinciana, gris y recia, de la Beira Alta.

Os Maias es de las obras que más escándalo han causado y más voluntades han enajenado a Eça en su país. En realidad hay en ella un abuso de sátira. El poeta provinciano que desea ir a Lisboa y ve la vida ficticia de los salones, de la política y de la ciudad, que cruelmente ridiculiza recargando las tintas, parece ser Bulhao Pato, que se reconoció en los rasgos de *Thomez d'Alencor* y agredió violentamente a Eça en su artículo: *O Grande Maia*.

Muchos escritores combatieron a Eça por este libro, que creían excesivo. Del número de éstos fué otro grande: Fialho d'Almeida, que dijo que no eran exactas sus afirmaciones, a lo que Eça le escribe:

"Es raro que usted dude de la exactitud de ciertos detalles como del de *las señoras hablando de criadas o apostando diez* TOSTOESINHOS (un escudo) *en las carreras*, etc. ¡Oh, hombre de Dios! ¿Dónde habita usted? ¿En Lisboa o en Pekín? Todo

esto es *visto* y observado del natural y anotado por mí mismo *sur place.*"

La obra magistral, la que lo reconciliaba con todos, la que le elevaba a la más alta cumbre, la hija de su experiencia y de su serenidad, *Ciudades y Sierras*, no llegó a verla impresa.

Sus hijos, de los cuales don Antonio es un escritor de talento, me dan noticias de la vida íntima de su padre en París, aunque en la época de su muerte eran muy pequeños. El mayor tenía sólo doce años. Eça de Queiroz hacía una vida muy retirada, salía poco, rara vez iba al teatro, y pasaba el tiempo en su casita de Neuilly, rodeado de flores, que eran su gran pasión.

Llevaba de paseo a sus hijos, y a los primeros cinematógrafos que hubo; los cuales le gustaban mucho, y pasaba el tiempo al lado de su esposa, a la que lo unía un amor fuerte y dulce, que embellecía su vida en la paz y la confianza. Tenía costumbre de leerle todo lo que escribía y escuchar sus consejos. Escribía a todas horas, pero con predilección de noche, rápidamente, con facilidad, con calor, con inspiración, y no corregía hasta que lo veía en pruebas, en las que tanto limaba, pulía y cambiaba, que era como escribirlas de nuevo.

Se le veía con frecuencia a las orillas del Sena, en el Barrio Latino, recorriendo los puestos de libros viejos, con su alta estatura, flaco y encorvado, su monóculo calado, buscando libros raros que constituían su pasión. Martirizado por la dieta, se avenía a todo, menos a dejar de fumar cigarrillos, que no hacía más que encender y tirar constantemente. Su elegancia se ha hecho proverbial; le gustaba el *confort* en su casa, cuyos bellos muebles conserva la familia, tal como él los tenía en su despacho—en el que lucía un cuadro pintado por el rey don Carlos y regalado al escritor—en su quinta de *Santa Cruz del Duero*, que él ha pintado en *la casa de Tormes* en *Las Ciudades y las Sierras*.

Iba siempre muy bien vestido, limpio y cuidado; le gustaban los refinamientos de la *toilette;* su ropa blanca era de un lujo inusitado y el número de sus corbatas era tan extraordinario que cuando estuvo en Nueva York llevaba un baúl lleno y los

aduaneros quisieron hacerle pagar derechos, «pues no comprendían que un hombre llevase tantas cintas de colores para su uso». Se veía en él siempre el buen gusto del artista, aristócrata por naturaleza, que busca lo más distinguido y selecto.

Sus hijos me dicen que el recuerdo que más grabado ha quedado en ellos de su padre es el de que: «era un hombre muy alto, muy alto y muy delgado, muy bondadoso, que no se enfadaba jamás, ni siquiera cuando lo molestaban y lo interrumpían».

Me cuentan también otra anécdota que sirve por sí sola para retratar un carácter, y que prueba esa gran bondad, demostrando que cuando ridiculizaba o censuraba en sus libros no lo hacía por maldad, sino por espíritu de justicia, por corregir, y quizás con esa sinceridad que hay en la pluma de todo gran escritor y que es superior a su voluntad misma. He aquí esta anécdota:

Cuando Eça escribía *La ilustre casa de Ramírez* había recargado las tintas de la maldad en el carácter de *Gonçalo*. Conforme leía a su esposa los capítulos ésta compadecía al malvado y decía a veces:—«Tengo pena de que sea tan malo.»—De pronto el personaje cambia, se dignifica, se convierte y Eça confiesa al conde Arnoso:—"Emilia me llamó la atención y yo también tuve lástima de ese malvado y le he hecho ser bueno."—¡Admirable espíritu! Cuando se le contempla así, noble y feliz entre los suyos viviendo su vida interesante y pura, se siente pánico, un pánico que ellos no pudieron sentir, ignorantes del destino, al verla terminar tan pronto. Se abomina de la fatalidad de la muerte en una suprema rebeldía.

Eça de Queiroz no deja nunca de ir con frecuencia a Portugal. Formó parte del interesante *cenáculo Los Vencidos de la Vida*, formado por once amigos, fraternalmente unidos, que se reunían a comer en alegre camaradería. Era algo semejante a la sociedad de *Caballeros de la Cuchara* que presidió Olózaga en Madrid, y que tan caro pudo costarle en los terribles tiempos de Fernando VII.

Precisamente porque no eran los *Vencidos*, sino los *Vencedores de la Vida*, los once amigos—de los que Eça asegura

que se hablaría "como de los doce de Inglaterra"—Carlos Mayer, Guerra Junqueiro, Conde de Ficalho, Oliveira Martíns, Bernardo de Prudella, Eça de Queiroz, Conde de Sabugosa, Antonio Cándido, Ramalho Ortigao, Luis de Saveral y Carlos Lobo d'Avila, fueron combatidos por la envidia, y Abel Botelho hizo representar una pieza, que fué pateada por el público y prohibida por la policía, con el título de *Los Vencidos de la Vida*.

A propósito de esto publicó una de sus geniales caricaturas Rafael Bordallo Pinheiro, representando un ataúd que desciende a la fosa, sobre el que había una hoja de parra. A su lado Abel Botelho llorando y esta leyenda: "Ruborizada la policía puso una hoja de parra a la obra del señor Abel Botelho; ¡exceso de honestidad fué velar las escabrosidades de una obra que ya había sido conducida en un ataúd a la fosa!"

Desgraciadamente, hoy no queda de los vencidos de la vida más que el gran poeta Guerra Junqueiro.

Eça hizo su último viaje a Portugal y a Lisboa con Ramalho Ortigao en 1900, y recorriendo en Suiza Ginebra y Montreux, hasta detenerse Eça en Gilion, donde pareció mejorarse, mientras su amigo seguía a Italia; pero sintiéndose peor volvió a París, donde se agravó rápidamente. El se sentía animoso, con esa fuerza espiritual que hace desarrollarse la tisis al par que consume el organismo. Puede decirse que murió sin darse cuenta de su gravedad, de tal manera que parece que escribió para sí mismo aquellas frases acerca de la muerte de *Fradique Méndez*: "No acaba más dulcemente un bello día de verano."

Se reunió la prensa portuguesa y reclamaron el cuerpo del escritor. El 11 de Septiembre de 1900 (Eça había muerto el 16 de Agosto), fueron conducidos sus restos al Havre, donde los embarcaron en el vapor *Africa*, que fué recibido con grandes honores por todos los buques surtos en el Tajo. El cadáver, envuelto en la bandera portuguesa y cubierto de flores, pasó bajo el arco triunfal de la Rua Augusta, como el de Víctor Hugo bajo el Arco de la Estrella. Allí duerme el genial escritor, cuya estatua se alza en el Largo de Quintella, en su panteón de familia, en la tierra querida que él tanto honró.

Cada vez se exalta más su memoria y se admira más en toda Europa y toda América a este escritor, comparable sólo entre los vivos con Anatole France. Después de su muerte se han publicado algunos de sus libros más bellos y se han hecho colecciones de sus cartas y sus artículos, entre los que figuraba *En el mismo Hotel*, que escribió en Salamanca y constituye la crónica más impresionante de la muerte de Cánovas del Castillo en el balneario, cuyo ambiente retrata admirablemente. Se ve a Cánovas saludando con *la mano poderosa a la muerte*, que pasa cerca de él sin presentirla.

Es que el genio de Eça de Queiroz estaba capacitado para conocer bien el alma española, el alma de la Península, el alma latina en general.

He creído un deber empezar por esta gran figura, a la que se le deben todos los homenajes, para continuar estudiando los diferentes géneros y figuras de la literatura portuguesa, que presenta complejos aspectos, hasta llegar a esta generación interesantísima, *los novos* (los jóvenes), que ahora luchan y entre los cuales hay nombres que son una esperanza de gloria para la nación hermana.

CARMEN DE BURGOS
(COLOMBINE).